



Protestas en Guadalajara por la desaparición de los 43 estudiantes de la Escuela Normal Isidro Burgos en Ayotzinapa. (Fotografía: Leonardo Álvarez/LatinContent Editorial)

Sobre la “verdad histórica” en el análisis

Walter Beller

EL CASO DE LOS 43 JÓVENES DESAPARECIDOS de la Normal de Ayotzinapa sigue atrayendo miradas y discursos, y no es para menos cuando se trata, según todas las evidencias, de un asesinato múltiple y atroz que no sólo ha conmocionado a las familias, sino ha cimbrado las estructuras del Estado mexicano. Uno de los efectos colaterales fue la desafortunada expresión del ex procurador general de la República, Jesús Murillo Karam, cuando en su informe final sobre el caso dijo que lo expuesto por él era “la verdad histórica”. Esta frase despertó el inmediato rechazo de la opinión pública. No se hubiese dado tal reacción si —en cambio— el funcionario hubiera dicho que “esa es la verdad formal”, o que “esa es la verdad del expediente” (fórmula común en los contextos judiciales). Dio la impresión de ser un asunto concluido y cerrado: no hay más de esto.

Más allá del dislate, la noción de “verdad histórica” tiene un peso específico no sólo en el derecho (por ejemplo en la parte procesal, o bien respecto a la defensa y protección internacional de los derechos humanos) sino también en la práctica del psicoanálisis. En este último ámbito, la verdad es fundamental para la dirección de la cura.

Para el tratamiento psicoanalítico la *transferencia* desempeña un operador cardinal. La transferencia se inicia —en sentido estricto, técnico— cuando el paciente acepta la regla fundamental y accede —declarativamente— a decir todo lo que se le ocurra. Con su aceptación de la regla fundamental el analizante se compromete con una búsqueda que tienen que ver justamente con la verdad. Freud observó que se trata nada menos que de la verdad histórica.

Cuando Freud se interrogaba sobre el porqué de la fuerza de las creencias religiosas en su ensayo de 1939, *Moisés y la religión monoteísta*, le da un estatuto peculiar a la verdad histórica. Al formular su argumento central, Freud señalaba que la inclinación por la verdad no es asunto del supuesto reconocimiento de verdades previas a toda experiencia (como las verdades que Descartes creía descubrir de manera innata, una de las cuales era justamente la unicidad y existencia divina), sino una cuestión *histórica y vivencial*. Pero, ¿cuál es la vivencia que la humanidad habría tenido para tal efecto? No se trata de una experiencia constatable y verificable, sino de una experiencia conjeturada por Freud. Postula que “en tiempos primordiales hubo una única persona que entonces debió de aparecer hipergrande, y que luego ha retornado en el recuerdo de los seres humanos enaltecida a la condición divina” (Freud, O.C. xxiii, p. 124-5) Así pues, la creencia religiosa tiene un contenido de verdad, pero no la verdad material (referida a su presunta verificación o constatación) sino a la verdad con la cual trabaja el analista. Asienta Freud: “creemos que la solución de los creyentes contiene la verdad, pero no la verdad *material* sino la verdad *histórico-vivencial*”. (*Loc. cit*)

A diferencia de las aproximaciones filosóficas más representativas al tema de verdad, el psicoanálisis propone que *la verdad es del orden del acontecimiento*.

El acontecimiento puede o no suceder, pero si sucede, ocurre en una trama compleja que articula lo previo y lo actual, el pasado y el presente, o incluso el presente y el porvenir. Una cosa es lo —realmente— acontecido y otra el acontecimiento. Lo acontecido es letra inerte, letra que insiste sin llegar a existir; es repetición. Por ejemplo, el paciente repite una y otra vez que experimentó el abandono de sus padres. Freud advertía que la repetición es un mecanismo que impide el recuerdo, aunque sólo mediante la repetición se articula el recuerdo.

Jorge Belinsky lo puntualiza así: “La repetición implica, por así decirlo, que las cosas no sean recordadas y, a la vez, que no sean olvidadas. Para que ese insistir de lo acontecido alcance su existencia, algo nuevo debe advenir a él y arrancarlo de la inercia uniforme de su movimiento”. (J. Belinsky, *El psicoanálisis y los límites de su formalización*, Lumen, 1985, p. 29)

Lo que transforma lo inerte del pasado (Sartre lo llamaba el en-sí) es que emerja algo nuevo: el sentido. Es una (hasta cierto punto) novedosa respuesta que el paciente construye ante la pregunta “¿por qué ocurrió lo que ocurrió?”. Entonces el sentido se hace cargo de lo acontecido “y lo constituye (lo hace historia) como acontecimiento” (p. 30).

En síntesis, si el sujeto repite (o rememora para olvidar lo fundamental, pues se trata de *recuerdos encubridores*) y vuelve una y otra vez sobre un mismo relato con simples variaciones, está fuera de la historia, como una especie de *eterno retorno*. Bajo esas condiciones, no hay nada parecido al deseo ya que todo es como si fuese eterno, incambiable, inmodificable. Por tanto,

sería *ahistórico*. El sujeto debe advenir en el sentido: ¿por qué yo no...?, ¿por qué no a mí...? Es entonces cuando lo acontecido se transforma en acontecimiento. La verdad es historia y la historia el fundamento de la verdad, que en parte es pasado pero también en parte es porvenir.

La contradicción es esta: si todo pasa al campo de lo olvidado, no podrá haber recuerdo posible. Así no habrá verdad, ni verdad a medias, ni media verdad siquiera, cuando para el individuo todo ha sido confinado al olvido. Por eso, paradójicamente, el trabajo terapéutico requiere de la repetición, que no es historia, puesto que sin repetición (lo contrario es el olvido) la historia no advendría como verdad histórica.

El fragmento xxxv de Heráclito sentencia:

De esta razón inmutable, incapaces de comprensión se muestran los hombres, tanto antes como después de haberla oído. Pues, aunque todo sucede de acuerdo con ella, se comportan como ignorantes cada vez que hablan y obran. Mientras que yo distingo y enuncio cada cosa explicando como es, a los demás hombres permanece oculto cuanto hacen, tal como olvidan lo que hacen dormidos.

Para Heráclito los hombres que no comprenden el *logos* olvidan. Es decir, son constitutivamente “olvidadizos” de la “razón” o de la verdad que esencialmente los constituye. La verdad más originaria, histórica, es la coincidencia del sujeto consigo mismo (pero siendo un sujeto dividido, escindido, por el deseo). Su verdad no se sabe porque está amenazada bajo la deriva de la repetición, cuyo límite es el olvido (y éste por obra de la represión), pero que debe emerger del *logos*, que también es palabra. En este anudamiento es donde emerge, para el psicoanálisis, la verdad histórica. ▀